



“Cicuteando” a nuestros Maestros



La muerte de Sócrates

* * *

La actualidad de lo griego¹

Un leve esquema de los ideales griegos y de sus repercusiones en la literatura es lo que me propongo hacer en este trabajo. Lo hago para resaltar que, aunque muchas de las condiciones sociales filosóficas y políticas de los griegos han desaparecido, sus visiones trascendentales del hombre siguen hurgando los problemas de su ser.

La tragedia de la existencia simplemente muestra la necesidad que el hombre tiene de darle sentido, razón de ser, a su paso por el mundo. Y esta muestra la ha construido con unos pocos principios que fueron conocidos y formulados con maestría suma en la antigua Grecia.

La dignidad está apoyada en lo que se convoca como esencia del ser, ya que quien tiene conciencia de su existencia tendrá el orgullo de existir. Este principio está rodeado por otros dos: justicia y verdad. Y éstas armonizan con la dignidad del griego, ya que para éste era mejor padecer una injusticia que infligirla, o llegar primero a la muerte antes que traicionar la verdad.

¹ Ibarbo S., Jairo. *Incertidumbre y objetividad en el conocimiento*. Medellín, Editorial π, 2003, p.p.: 21 - 44.

Todos estos ideales están orlados por otros: amor, belleza, templanza, valor. Es decir, el hombre griego es un ser acorazado con ideales; corazas que, al mismo tiempo que elevan su dignidad, le generan en paradoja la tragedia de su existencia, ya que sin valores no tiene mérito el existir y sólo con ellos se hace trágica la existencia.

Todos estos valores han sido plasmados en la cultura humana gracias a la incidencia y naturaleza del símbolo. El mito griego, por ejemplo, es la trascendencia en símbolos de lo que el hombre conoce de sí mismo. Los hombres son criaturas, pero el Hombre, el paradigma, es un símbolo. Es por ello que hoy, en pleno siglo XXI, aún seguimos padeciendo enormes conflictos, de los cuales el más resaltado es el de la lucha entre la inteligencia y el placer...

Estemos de acuerdo o no con las ideales de los griegos, se hace necesario retomarlos cuando queremos ubicar las tribulaciones del hombre del siglo XXI, ya que sin ideales la existencia de éste sería sólo virtual: sin pensamiento y sin amor, sería de imagen y control remoto. Sería un ser incapacitado para el re-encuentro consigo mismo. Y viviría como un enfermo:

“El hombre nace en la clínica y muere en el hospital: ¿deberá vivir también en una clínica?² Y es que el hombre contemporáneo ha entumecido su espíritu con las ambiciones generadas por una sociedad de consumo, sin tener en cuenta que:

“Quien tiene en sus manos colmar todos sus deseos llega pronto a no saber qué desear”³.

Esto nos exige reconstruir la imagen del hombre del siglo XXI, y quien ha habitado en su interior se está diluyendo en un juego variopinto de imágenes y de apariencias. Es por ello que ha sustituido el mito por la superstición. No tiene una imagen de sí mismo. Pasará sin rostro al escenario de la historia.

Es casi imposible para una persona inexperta hacer conocer los ideales griegos y mucho menos hacer conocer sus ecos en la literatura contemporánea. Esto lo baso en mis condiciones y en la idea de hombre, pues ésta siempre marca el estilo, no sólo de una época sino de toda una civilización, civilización que sirve para moldear y proyectar las imágenes que ha recibido de generaciones anteriores. De ahí que para indagar por el hombre se esté indagando por la civilización, y viceversa. Todo ello exige un conocimiento global del hombre, y ello es una exigencia que escapa al poder de mis fuerzas.

Yo parto de la idea de que el hombre no es una sucesión de acaecimientos sin sentido. Es tal sucesión pero con estilo, unidad y sentido. De ahí que los sucesos del hombre, a diferencia de los del mundo, tengan un movimiento pendular: de Platón a Kant; de Eurípides a Shakespeare, a Broch, a Musil; de Arquímedes a Einstein. Y este giro, aunque parezca maravilloso, encierra una deslumbrante y misteriosa paradoja: ninguno de estos genios, representantes del género humano, puede asimilarse al hombre de la calle, al hombre a que subyugan el tiempo y la lucha por la vida. Y todo esto, ¿por qué? Porque

² Musil, Robert. *El hombre sin atributos*. Tomo I. p.: 25.

³ Ibidem. Tomo I. p.: 245.

nosotros, los hombres del mundo común, padecemos los azotes del destino pero nunca nos detenemos a ahondar en su naturaleza, en su sentido, en su valor. Por tal razón, Edipo encierra la incertidumbre del destino así como lo encierran Hamlet y Ulrich. Estos personajes, aunque nos parezcan ficticios, tienen para la historia de la humanidad más realidad que la que nosotros mismos padecemos.

Todos conocemos los ideales del hombre griego, pero pocos conocen sus pasiones cotidianas. Todo porque nuestra fatalidad individual muere con nosotros, se diluye en el olvido. Es una tragedia padecida, pero por ser individual es fugaz y anónima para la historia. En cambio, la tragedia de Edipo o la de Hamlet es una tragedia simbólica: es una tragedia del hombre, no de un hombre. Es una filosofía de la tragedia y, así mismo, es la tragedia del filosofar. Vemos, pues, cuánto ha engrandecido al hombre su convivencia con los símbolos. Gracias a ellos ha vencido a Cronos, ha construido su historia, pues sin símbolos no habría ciencia, ni arte, ni sociedad.

Cuando los hombres se deciden por el arte, por la filosofía o por la ciencia están retando con ello al destino, porque con tal decisión están dispuestos a rescatar al hombre de los zarpazos de Cronos devorador, fatal e imperturbable, doloroso e irreversible. Y es que sólo el símbolo puede permitirle al hombre hacer frente a la fatalidad de Cronos. Gracias a él ha permanecido, a pesar de los avatares del tiempo, el ser del hombre.

Precisamente al enfrentarnos con el tiempo tenemos que preguntarnos: si el tiempo todo lo devora, todo lo consume, entonces ¿para quién escribían los griegos? Y no cabe acá otra respuesta: si ellos buscaban al hombre, entonces su literatura tendría que ser atemporal. Y cuando me refiero a su literatura, no me refiero a su técnica o estilo al escribir. Es a su visión profunda, no meramente de hecho, de lo que entendía por hombre, por la manera como simbolizaban al ser de éste. Y es esta visión profunda la que como un eco castigador resuena pavorosa a los oídos del hombre del siglo XXI.

Vemos que la unidad del Hombre es imposible y esto era lo que nos decían los griegos cuyas obras, como los murmullos del Big-Bang, nos dicen nuestro origen y nos marcan nuestra expansión.*

* Agradecemos al profesor Ibarbo la autorización para reproducir este interesante fragmento resumido de su libro.

Grupo Sofos. Octubre de 2014.

Correo electrónico: gruposofos@gmail.com

Blog: <http://gruposofos.blogspot.com>